por enormes higueras; y mientras que al andar aplastan la hueca paja del trigo trillado, mézclase el olor del mar con el cándido aroma de las mieses y de los dormidos establos.

La casa donde habitamos está en el campo, un poco apartada de la aldea. Al volver por el camino, vemos á la conclusión de los setos las luces de los faros refulgir desde todos los extremos de la Península, un faro brillante, una luz giratoria, una luz fija; y como no se ve el Océano, todos esos vigías de los negros escollos parecen perdidos en la apacible campiña.

EL ESPEJO

Al Norte, á las márgenes del Niemen, llega una tierna criolla de quince años, blanca y sonrosada como la flor del almendro. Viene del país de los colibríes, la conduce el viento del amor... Los de su isla decíanla: «No te vayas... Hace frío en el continente... El invierno te matará.» Pero la criollita era incrédula respecto á que existiese el invierno, y no co-

nocía el frío sino por haber tomado sorbetes; además, estaba enamorada; no temía á la muerte... Hete aquí que desembarca ahora allá arriba, entre las nieblas del Niemen, con sus abanicos, su hamaca, sus mosquiteros y una jaula de doradas celosías llena de pájaros de su país.

Cuando el viejo Norte ha visto llegar aquella flor de las islas, enviada por el Mediodía en un rayo de sol, su corazón se ha conmovido de lástima, y pensando con acierto que el frío se tragaría de un bocado la doncellita y sus colibríes, ha encendido su ancho sol amarillo, y se ha vestido de verano para recibirlos... La criolla se engaña: ha creído que aquel calor brutal y pesado del Norte ha de ser un calor duradero, ha tomado aquel eterno ver-

dor oscuro por el verdor de la primavera, y colgando su hamaca en el fondo del parque, entre dos abetos, se pasa todo el día abanicándose y meciéndose.

«¡Pues hace mucho calor en el Norte!» exclama entre risas. Sin embargo, una cosa la inquieta. ¿Por qué las casas no tienen azoteas en este extraño país? ¿Para qué esos gruesos muros, esas alfombras, esas pesadas colgaduras? ¿De qué servirán esos grandes hornillos de loza, esas enormes pilas de leña que amontonan en los patios, esas pieles de zorro azul, esas mantellinas con forros dobles, esos abrigos de peletería que duermen en el fondo de los armarios?... ¡Pobre adolescente, pronto lo sabrá!

Una mañana, al despertarse, se siente presa de un gran escalofrío

la criollita. Ha desaparecido el sol, y del cielo oscuro y cubierto, que parece haberse acercado á la tierra entre tinieblas, caen en grumos unos copos de felpilla blanca y silenciosa, como debajo de los algodoneros. ¡El invierno; aquí está el invierno! El viento silba, zumban las estufas. Dentro de su jaulón de doradas celosías, ya no gorjean los colibríes. Permanecen inmóviles sus alitas azules, rosadas, de rubí, verdemar, y da pena verlos arrimarse unos á otros, letárgicos y embotados por el frío, con sus agudos piquitos y sus ojuelos como cabezas de alfiler. Allá abajo, en el fondo del parque, tirita la hamaca llena de escarcha, y las ramas de los pinabetes son de cristal hilado... La criollita siente frío; ya no quiere salir más.

Hecha un ovillo delante del fuego como uno de sus pájaros, pasa el tiempo mirando la llama, y evoca al sol con sus recuerdos. Dentro de la gran chimenea luminosa y ardiente, vuelve á ver todo su país: los anchos muelles bañados por el sol, con la parda melaza que rezuma y fluye de las cañas de azúcar, y los granos de maíz flotantes entre un polvo dorado; luego, las siestas de mediodía, las claras cortinas, las esteras de paja; después las noches de estrellas, las brillantes luciérnagas, y millones de alitas que zumban entre las flores y en las mallas de tul de los mosquiteros.

Y mientras que sueña así ante la lumbre, sucédense los días de invierno, cada vez más cortos, cada vez más oscuros. Todas las mañanas hay que sacar un colibrí muer-

to dentro de la jaula; bien pronto ya no quedan más que dos, un par de vedijas de plumas verdes, que se erizan una junto á otra en un rincón...

Esa mañana no ha podido levantarse la criollita. El frío la agarrota, la paraliza como á una balandra mahonesa encerrada entre los helados témpanos del Norte. El día está oscuro; la estancia triste. La escarcha ha extendido sobre las vidrieras una gruesa cortina de seda mate. La ciudad parece muerta, y por las silenciosas calles silba con lamentos el barrenieves de vapor... Dentro de su lecho la criolla hace relucir las lentejuelas de su abanico para distraerse, y pasa el tiempo mirándose en espejos de su tierra, guarnecidos con grandes plumas indias.

Sucédense los días de invierno,

cada vez más cortos, cada vez más oscuros. La criollita languidece desolada entre sus colgaduras de encajes. Lo que la entristece, sobre todo, es que desde su lecho no puede ver la lumbre. Parécele que ha dejado su patria por segunda vez... De rato en rato pregunta: «¿Hay fuego en la habitación?—Sí, pequeña, lo hay: la chimenea está echando llamas. ¿Oyes chisporrotear la leña y estallar las piñas?—¡Oh, veamos, veamos!» Pero por más que se inclina, la llama está demasiado lejos: no puede verla, y esto la desespera.

Pues bien. Una noche que está pensativa y pálida, con la cabeza al borde de la almohada y los ojos vueltos constantemente hacia esa hermosa llama invisible, aproxímase á ella su amado y toma uno de los es-

pejos que están sobre la cama. «¿Quieres ver el fuego, monina?... ¡Bueno! Espera...» Y, arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarla con su espejito un reflejo de la mágica luz: «¿Lo ves?—¡No! No veo nada.—¿Ahora?...—¡No! Tampoco...» Luego, al recibir de pronto en pleno rostro un rayo de luz que lo rodea con un nimbo: «¡Oh! ¡Ya lo veo!», exclama gozosa la criolla. Y muere sonriéndose, con dos llamitas en el fondo de los ojos.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Un condecorado de 15 de Agosto	5
Mi kepis	25
El turco de la *Commune*	37
El concierto de la octava	49
La batalla del cementerio	61
Los tortolillos	73
Monólogo á bordo	89
Las hadas de Francia (cuento fantástico)	101
Un tenedor de libros	113
Con trescientos mil francos que me ha prometido Girardin	127
Arthur	139
Las tres intimaciones	155
Una noche de estreno.—Impresiones del autor	169
La sopa de queso	179
El último libro (cuento)	187